

# Cuentos Nacionales

(conclusión)

El Segundo Premio del Concurso de cuentos que venimos comentando le fué otorgado al que lleva por título *Un negro a la luz de la luna*. Su autor es Arturo Croce.

Se trata de un relato, en primera persona, que nos hace el negro Jesús Barlovento. Nos cuenta su origen pobre, sus primeros trabajos como peón de la tierra, y luego su reclutamiento forzoso en un ejército de guerra civil. Sentía pasión por el campo. Una canción contra los oligarcas, que aprende en la recluta, le hace concebir un odio cada vez mayor contra el dueño de la hacienda de donde le echaron por alborotar a la peonada, y por eso lo reclutaron. Deserta del ejército. Regresa a su pueblo. Hay fiesta de Cruz de Mayo; baile y aguardiente. Todo este tiempo solo lo dominan deseos sensuales. Va a cometer un atropello por razón de una mujer, pero es descubierto; huye y se esconde en la noche oscura. Llega al rancho de su vieja madre. Se duerme de cansancio. Pero luego se despierta sobresaltado, y ántes de que claree huye y se pierde en la lejanía, bajo la luz de la luna.

El autor parece que nos quiere ofrecer una interpretación psicológica y social de los sentimientos del negro peón. Su protagonista Jesús Barlovento imagina. ¡pobre!, que él podría hacer algo por mejorar la suerte de sus hermanos los otros negros peones del campo. ¿En qué sentido, y por qué medios justos y prácticos, iba a lograr aquella mejora? Como no podía esperarse, otra cosa, aquello fué un mero divagar aventurero y holgazán, sin provecho propio ni ajeno.

En grave aprieto literario se puso voluntariamente el autor. Porque escribir un relato de más de diez mil palabras, poniéndolo todo entero en labios de un negro del campo y en tono autobiográfico lleno de mil matices y sentimientos, no es empresa que se improvisa en un escritorio de la capital. Es un intento valiente, digno de aprecio, pero el escritor arriesga la partida. Y en esta ocasión el autor Croce no salió victorioso. Porque el negro Barlovento en su largo

monólogo autobiográfico va hablando un lenguaje totalmente impropio de su condición. Es un lenguaje literario, rebuscado, más bien propio de un escritor o de un salón literario, que no de un pobre ignaro peón del campo. Barlovento no solo habla con corrección gramatical, sino que incluso emplea numerosas expresiones y figuras que ciertamente están muy lejos de ser naturales en sus toscos labios. No podemos imaginarnos a un pobre peón del campo que nos dice que se siente "dominado por el asordinado ritmo de la noche"; y más luego: "entre los brazos estiro la abulia". Nos habla asimismo de "descargar el peso de mi insatisfacción en los recintos de mis sentimientos", y refiriéndose a su pobre madre la llama "materno harapo humano". Y cuando le da por la poesía Barlovento —nos dice Croce—, habla así: "La brufida extensión se matiza de ondas musicales que saltan como cocuyos mientras viven estos el tormento de haber sido borrados por la lechada luminosa que llena la noche".

El desarrollo del argumento de "Un negro a la luz de la luna" resulta de corte positivamente decadente, por su pesimismo corrosivo, y sin punto de elevación ni de idealismo. Además, como es ya casi manía insoslayable entre muchos de nuestros cuentistas, también Croce no puede dejar de estampar escenas, frases y alusiones de tono sensual y obsceno. Parece que algunos autores no creen que un cuento está completo si no se le arrima su dosis de basura y de vulgaridad. Y no saben reproducir en las letras el tipo de hombre de nuestro pueblo, sin hacerle aparecer de una gruesa sensualidad.

Pocas formas literarias tan difíciles de lograr como el monólogo. Por eso sólo los más excelsos escritores han triunfado en esa prueba. Los monólogos demasiado largos, son inaguantables. Por eso es rara la habilidad, y supone extraordinario dominio del lenguaje, el saber encajar en corto espacio muchas ideas y sentimientos.

A Croce su monólogo-cuento, a pesar de lo extenso que es, le resultó mucha

palabra y poco cuento. Aunque no podemos negar que en ciertos momentos el relato cobra alguna viveza, rapidez y hasta colorido. Pero nos parece que los variados episodios que tienen lugar en el cuento no lograron en varios pasajes el desarrollo que estaban exigiendo y se quedaron por ende como en embrión. Con lo cual el cuento perdió sus proporciones de equilibrio y de trabazón de conjunto.

"Arco secreto", cuento escrito por Gustavo Díaz Solís, recibió el primero de los tres terceros premios.

Empieza el cuento con un título figurado, de significado ambiguo, que nada nos dice al empezar la lectura, y que al terminarla tampoco aclara la curiosidad. Nos hallamos ante uno de los muchos casos que nos ofrecen modernos escritores al usar figuradamente ciertos términos del lenguaje, sin que el lector pueda saber cuál de los sentidos translaticios o valores figurados está empleando el autor. A veces parecen querer dar por supuesto que el lector tiene que comprender, —y si nó, es persona de cultura muy atrasada—, el sentido nuevo y figurado de aquella palabra, así sea éste el más extraño o menos sospechado en el uso corriente. No sé si de nuevo se nos dirá aquí lo que con estilo algo airado nos replicó un poeta hace algún tiempo, en caso parecido, que "lo que cada lector interprete, eso es lo que el autor quiso decir al emplear tal o cual término". Lo cual equivale a renunciar a aquello que tiene de más privativo el ser autor, a saber: dar a conocer y a sentir a otros lo que él ha elaborado en su cabeza y en su corazón.

En "Arco secreto" el autor nos relata unos pocos episodios intrascendentes, vulgares, en la vida de un joven delinante de cartografía que fué a trabajar a un campo petrolero.

El protagonista, que se llama David, está en la habitación de su hospedaje. Aunque es de noche, siente la presión fuerte del calor; y no pudiendo conciliar el sueño, su mente se entretiene en pasar revista a algunos recuerdos. La aspiración suya al llegar a aquel campamento había sido "no dejar huella", y con esta frase quería significar él la suprema expresión de ser libre "verdaderamente libre". Creemos que fué aquella una aspiración fútil, por no decir fatua, ya que al primer encuentro con la realidad se deshizo ridículamente.

El autor nos cuenta en forma reporte-

ril, las primeras impresiones y actuaciones del joven protagonista David. Se ofrecen unas rápidas pinceladas ambientales algo bien trazadas; y enseguida tenemos a David como un perfecto inadaptado, al menos interiormente y sin ninguna justa razón, frente al jefe de oficina de quien depende en su trabajo. Y por otra parte, muy luego, lo vemos enredado en la forma más incauta, y hasta inverosímil, en un adulterio con una extranjera esposa de un técnico extranjero también.

Por una parte el cuento quiere ser de corte "freudiano", sobre todo en la escena final, desmedidamente alargada y grotesca. En ella David después de haber dejado vagar su mente, sin poder dormirse, se levanta a perseguir en la oscuridad de su aposento a un murciélago que ha entrado revoloteando. Actuando bajo un impulso reprimido, o bajo un complejo a la manera de los vulgarizadores del freudismo, David descarga en ese pobre animal la secreta saña que guarda contra el ser humano que en alguna manera coarta sus deseos. ¿Será éste el legítimo esposo de la mujer con quien ha llevado vida adúltera, el cual había estado ausente durante la temporada del adulterio y ahora ya había regresado a su hogar; o será el jefe de la oficina en quien David desde un principio ha querido ver a un enemigo? Al dar muerte refinadamente cruel a aquel pobre murciélago, David debía de quedar liberado de semejante complejo!

Pero además de ese enfoque "freudiano" con que el autor intenta terminar su cuento, y que es una manera que cada día resulta más anacrónica; queremos señalar otro aspecto un poco sorprendente y desagradable, y que afortunadamente no había logrado hasta hoy, —que sepamos—, muchos ejemplos en otros cuentistas venezolanos.

Se trata de una marcada actitud narcisista, que no sabemos si ha sido espontánea o intencionadamente impuesta por el autor al protagonista de su cuento. De hecho el autor parece solazarse describiéndonoslo en momentos de desnudez, y con frases melosas y acariciantes, de una sensualidad hasta poco viril y poco normal. En los comienzos del cuento hay una descripción morosa y femenil de David al tomar un baño. Más luego, al hablar David una vez, se dice que lo hace "con voz pulcra, extraordinaria". Se le

describe en la cama "dorado y tibio como ciervo descansando" y se habla de sus "dedos finos". Y las últimas frases del cuento nos lo pintan en esta femenina actitud: "David se estira como lenta llama de aceite, solo y único como un antiguo ídolo vuelto a la vida en otro tiempo. El brazo cae al flanco del hermoso muslo de cobre y ceniza".

Con esa misma repulsiva complacencia narcisista parece guardar alguna conexión la expresión (en gran manera galicada), encabezada con el pronombre *El*, con la que el autor va refiriéndose constantemente al joven protagonista. No menos de veintinueve veces encontramos expresiones como estas: "El percibió...", "El vió con sorpresa...", "El temió denunciarse...", "El le miró los ojos...", etc.

"Arco secreto" es un cuento que como se dice no nos lleva a ninguna parte. En sustancia, los episodios en los que actúa el narcisista David no tienen, —tal como están presentados—, nada de artístico ni de ideal. Son meros accidentes de la vida vulgar de cualquier vulgar jovencito a quien la vida zarandea por hallarlo falto de verdadera voluntad.

En el relato hay ligeras escenas de algún relieve y colorido. El autor logró en la primera parte poner un poco en marcha la acción. Pero luego esa misma marcha fué haciéndose lenta por razón de la misma forma casi meramente narrativa. Se evitó ruborosamente todo diálogo; y los momentos que debieron resultar más vigorosos, quedaron opacos por razón de la misma enclenque figura del protagonista.

Ni podemos dejar sin rechazo la manera de cínica conformidad, aprobación y hasta alabanza naturalista y amoral de los párrafos en que se nos habla de la vida de adulterio y mancebía de David. Las melosas frases, extremadamente complacientes, que el autor emplea en ese pasaje, equivalen a querer envolver en lindo papel celofán un poco de estiercol maloliente y repulsivo. El adulterio y la mancebía serán siempre y en todas partes por lo menos en el orden de las ideas, algo rechazado y sancionado por toda humana sociedad normalmente constituida. Son cosas que tienen su nombre, y hay que llamarlas con ese nombre, precisamente cuanto mayor sea la tendencia naturalista que tanta confusión siembra en el campo de las ideas.

Otro cuento que obtuvo también un

Tercer Premio es "El Inmigrante", escrito por Francisco Rodríguez Rodríguez.

Ese "inmigrante" es un italiano llamado Giuseppe Fontanelli. Las autoridades de inmigración lo habían enviado a trabajar en el campo. Pero él abandona aquello, se viene a la ciudad, y abre un estrecho portal donde trabaja de zapatero remendón. Apenas instalado, alguien en el barrio lo llamó "portugués". Fontanelli protestó del epíteto, y se airó mucho. Pero, por más que hizo, de allí en adelante todos le siguieron llamando "portugués". Púsose a vivir vida de a-mancebado con una negra del pueblo. Les nace una hija, y Fontanelli pone en la criatura toda su ilusión y todos sus cariños. Pero la niña muere a los pocos años. Fontanelli siente mucho ese rudo golpe. Lleva a enterrar a su hija querida; y aquel cuerpecito al que él dió vida en carne venezolana, enterrado ahora en tierra venezolana, es como un ancla que retendrá aquí a Fontanelli siempre más. Y así lo manifiesta: desde ahora "Yo sono venezolano".

"El Inmigrante" es un verdadero cuento. A nuestro sincero entender entre los trabajos premiados es el que con más justeza se acredita el título de cuento. Es un tema sencillo y humano. El desarrollo de la acción se ha hecho con sobria naturalidad artística, y el lenguaje empleado armoniza perfectamente con el conjunto. Ante estas magníficas cualidades, sentimos más tener que desaprobar el que algo tan sustancial en este cuento como es el origen de la hija de Fontanelli, el autor lo haya puesto en una unión de mancebía. Y por eso resulta luego todavía menos aceptable una frase, aunque rápida, de queja irrespetuosa contra Dios. Y lamentamos de veras esos dos lunares porque podían haberse suprimido sin que por ello perdiera nada el cuento ni en su acción ni en su estructura.

Porque por todo lo demás el autor ha sabido ceñirse a un solo tema, centrar toda la acción en torno al protagonista; no multiplicar episodios ni extenderse en relatos superfluos; y en cambio logra mantener el interés, hasta concluir en un desenlace artístico y espontáneo, aun sin nada de sorprendente o excitante. Y además, salvo lo antes indicado, podemos señalar sentimientos nobles, actitudes acertadamente captadas, y un regular equilibrio de tonos, que hacen que el lector lea este cuento con agrado y lo re-

uerde luego con alguna simpatía. Y en este sentido "el Inmigrante" podría decirse que es casi la excepción dentro de la clasificación global que hemos dado de estos cuentos al principio de nuestro comentario.

No podemos dejar de transcribir como muestra del estilo de Rodríguez, algún párrafo del cuento. Ya Fontanelli es padre, y ha puesto a su hijita el nombre de "Gioconda". Y dice luego el autor: "Por las noches se sentaba junto a la tosca cunita donde ella dormía tranquilamente, y se le quedaba mirando, mirando largamente. A veces le pasaba la mano por la cabecita y murmuraba cariñosamente frases en italiano, porque le parecía más tierno y dulce el idioma natal. Si la niña estaba despierta, se ponía a conversar con ella, respondiéndose él mismo con voz forzosamente infantil; le contaba sus proyectos, sus planes para el futuro, y buscaba en la carita sonriente un indicio de que le hubiera entendido".

Líneas como éstas, y otras muchas que pudieran transcribirse, son una lección de arte literario, frente a las tortuosidades y alambicamientos a que nos quieren acostumbrar ciertos modernos escritores.

—:—:—

El cuento "Un destino cumplido", que obtuvo otro Tercer Premio, fué escrito por Guillermo Meneses.

A pesar del premio que le otorgaron, creemos que Meneses se ha quedado muy por debajo de lo que podíamos razonablemente esperar de su veteranía de escritor. Meneses ha padecido esta vez algo del adormilamiento que Horacio señalaba nada menos que en el excelso viejo Homero.

Meneses se encariñó con un asunto y se trazó un plan que creyó daría por resultado un buen cuento. Pero erró en sus cálculos, si fué que en serio los hizo. Como divagación o entretenimiento literario, con ribetes filosóficos y psicológicos, su escrito podría pasar. Pero eso no es un cuento para un escritor como Meneses que ha demostrado ya tantas veces su envidiable e incuestionable capacidad, y originalidad de estilo en narraciones de otro género que llamaríamos menos discursivo o especulativo.

.. "Un destino cumplido" es un escrito ingenioso, parabólico a lo sumo, en torno

a la palabra "fracaso", y nada más, Pero no un cuento.

Quien como Meneses tiene tanta habilidad para el diálogo popular, y para dar viveza y movimiento al desarrollo de las acciones, esta vez entorpeció voluntariamente esas cualidades al entrarse por un camino de casi ininterrumpido raciocinio y relato. La última parte de "Un destino cumplido" en la que al fin aparece siquiera algo de acción directa y de dialogismo, alcanza mucho más interés y vivacidad literaria que en todo el resto de las ingeniosas situaciones señaladas en la vida del fracasado protagonista Julio Alvarado.

No podemos detenernos ahora a analizar qué valor tengan las afirmaciones "filosofiqueras", veladas o claras, puestas en boca de Alvarado. Se proclama en todos sentidos su vida de fracaso. Pero no solo como un hecho biográfico, objetivo. Sino que además el autor parece aceptar tal fracaso en forma determinista, como algo que tenía que ser así. Y lo que todavía es peor, se habla de ese fracaso absoluto como de algo gustosamente aceptable. Un destino de fracaso, cumplido gustosamente porque así tenía que ser! Semejante actitud y raciocinio, no puede menos de considerarse expresión de auténtica decadencia. Y esto último creemos que está en contradicción con la labor literaria, noble y enaltecedora, que Meneses tiene aún que realizar. El asunto del cuento traicionó al autor, tal vez cuando éste pensaba que había hallado una oportunidad nueva y original para ampliar su horizonte literario.

En cambio, aunque este cuento no deje de tener ligeras indicaciones y frases de contenido menos limpio, sin embargo vemos con satisfacción que Meneses se ha alejado mucho de aquella manera, consistentemente repetida en casi todas sus anteriores obras, de acumular escenas y relatos obscenos y vulgares con sugerencias repugnantes, ambientes burdescos y frases malsonantes.

Su estilo sigue siendo de expresiones estilizadas, a las que sabe trabajar hasta darles el máximo vigor. Pero siempre dentro de una sobriedad y moderación que lo salvan de toda violencia o rebuscamiento cansón e inartístico.

Pedro P. Barnola, S.J.